

## LA AGRICULTURA Y EL FUTURO.... Y ESPAÑA

**ANTONIO FLORES**

Ingeniero agrícola

---

La agricultura es la profesión propia del sabio, la más adecuada al sencillo y la más adecuada para todo hombre libre.

Ciceron

Lo primero sería describir el mundo al que nos encaminamos, porque España no es un islote autárquico, sino una de las comunidades más interrelacionadas del Planeta y nos afecta lo que pasa allende de nuestras fronteras mucho más de lo que a veces nos paramos a pensar. En el Mundo del año 2050 habrá alrededor de 10.000 millones de habitantes, si las predicciones no fallan, y de momento no parece que vayan a fallar. En el momento que este artículo se está escribiendo somos «solo» 7.200 millones. El número de hambrientos del mundo se habrá reducido desde los 800 millones actuales hasta la mitad de esta cifra aproximadamente, si no ocurre ningún cataclismo. Paralelamente, el número de obesos mórbidos se habrá incrementado hasta una cifra superior a los mil millones, si no se toman medidas adecuadas para controlar esta epidemia, provocada por unos sistemas de nutrición inadecuados que afectan sobre todo a los grupos más desfavorecidos del mundo. Las consecuencias sobre los sistemas sanitarios de los países menos desarrollados serán devastadoras.

Existirán otros problemas muy graves derivados de la alimentación, como por ejemplo el crecimiento imparable de las resistencias antimicrobianas, como consecuencia, en gran parte, del uso indebido de antibióticos en la ganadería y en la piscicultura. Una publicación prestigiosa como *The Lancet* advertía recientemente de que en 2019 se había producido 1,27 millones de fallecimientos provocados por las «bacterias asesinas», resistentes a los antibióticos. También es previsible un progresivo crecimiento global de las clases medias en amplias zonas del mundo, que conseguirán un mejor acceso a los recursos alimenticios, con el consiguiente incremento del consumo. Además la extensión de la información y del interés por la nutrición, provocará una creciente demanda de alimentos más saludables y nutritivos.

La conclusión de todo lo anterior es que la FAO (Organización de las NNUU para la agricultura y la Alimentación) calcula que en 2050 será preciso producir un 40% más de alimentos respecto a los que se producían en 2020. Y además esta producción deberá realizarse sin provocar daños irreversibles en el Planeta, como

lo serían la destrucción excesiva del patrimonio forestal de la humanidad o la extinción por sobrepesca de las especies marinas más demandadas. O la destrucción de suelos productivos por la utilización de prácticas culturales demasiado intensivas. O la reducción del número de agricultores expertos e insustituibles, como consecuencia de los imparable procesos de urbanización.

Entiendo que queda claro que la producción y comercio de alimentos va a tener una creciente presencia en las estrategias de desarrollo, en los movimientos de población, en la generación de conflictos y, en resumen, en la inteligibilidad de la futura geopolítica mundial. También en los planteamientos políticos a nivel nacional. Porque asegurar el abastecimiento alimenticio a un precio razonable ha sido, desde siempre, una de las grandes preocupaciones de los gobernantes. Y no queda ya lejos el momento en el que dicho abastecimiento esté sometido a tensiones como las que ya experimenta el mercado de los productos energéticos.

España está muy bien posicionada para afrontar un panorama como el que hemos descrito. Nuestro país ha sido desde siempre un gran productor de alimentos. En el corazón de Roma se localiza el Monte Testaccio, una prodigiosa acumulación de recipientes cerámicos desechados en los siglos I y II de nuestra era. Se calcula que se depositaron allí, de forma ordenada y metódica, más de ciento cincuenta *millones* de ánforas, en su inmensa mayoría procedentes de Hispania, la gran productora de aceite de la época. En la fase árabe de nuestra historia, Al Andalus siguió siendo uno de los grandes productores de alimentos del Mediterráneo. Como también lo siguió siendo en la Edad Moderna durante la que surtió de aceite y vino tanto a la Península como a las posesiones americanas.

En la actualidad la agricultura española es una de las más competitivas del mundo. Los esfuerzos de innovación y modernización realizados por las últimas generaciones han creado un sistema alimentario ágil, flexible y eficiente, que ha demostrado su capacidad al mantener bien abastecido tanto el mercado español como el europeo en una situación tan complicada como la que se produjo en 2020 como consecuencia de la pandemia. También tenemos uno de los conjuntos de producciones más diversificados del mundo y el que más dentro de la Unión Europea, lo que constituye otra de nuestras fortalezas.

Vayan unos datos para demostrarlo. En 2021 las exportaciones agroalimentarias se han acercado en valor a los 60.000 millones de euros (El 18% del total nacional), con un superávit para la balanza de pagos española próximo a los veinte mil millones. Y no se trata de exportaciones básicas, sino de productos cada vez más elaborados y de mayor calidad, que están conquistando silenciosamente un puesto significativamente creciente en los mercados mundiales. Además la diversificación de nuestro sector permite una gran flexibilidad para aprovechar la evolución de los mercados. Un ejemplo entre muchos lo constituye la capacidad del sector ganadero español de aprovechar la epidemia de peste porcina africana en China, que ha reducido drásticamente la capacidad de producción del gigante oriental. Hemos llegado a exportar ¡tres millones de toneladas! de porcino. Y a ser uno de los países que controlan este importantísimo mercado. Casi nada.

La aportación del sistema agroalimentario al VAB nacional se acerca al 12%, aproximándose cada vez más a lo que representaba tradicionalmente el turismo y excluyendo el bache que ha significado la pandemia para este sector de nuestra economía. Y la tendencia al crecimiento de estos indicadores es otra realidad inobjetable. Cosa diferente es lo que sucede con la población empleada en la agricultura, que no deja de reducirse, aunque lentamente. En la actualidad ya es inferior a 800.000 personas

Pero un país no es solo su economía, es mucho más. Y en otro orden de cosas, la agricultura y la ganadería conforman el elemento fundamental sobre el que se asienta el tejido social de las zonas rurales en las que habita el 20% de nuestra población y que abarcan el 90% de nuestro territorio. Y este territorio incluye una naturaleza rica y variada, la mejor conservada de Europa. Y lugares únicos, llenos de belleza y de significado, por su valor paisajístico o por su interés histórico. Y gentes variopintas y orgullosas, que defienden con uñas y dientes sus tradiciones y su idiosincrasia, que son un patrimonio de todos nosotros. Pues bien, los agricultores y los ganaderos son los principales administradores de este colosal patrimonio.

Pero las perspectivas halagüeñas a medio plazo para nuestra agricultura, se ven ensombrecidas por realidades más próximas, más prosaicas y más difícilmente eludibles. Y una de las más evidentes y penosas es el problema reputacional. La agricultura sigue siendo un trabajo penoso y duro, incomprensible para el urbanita medio. Levantarse a podar en mi pueblo, en la Castilla profunda, a las seis de la mañana de un día de enero, garantizo que es todo menos apetecible. Como tampoco lo es tener que trabajar sin días libres, como sucede en el caso de los ganaderos. Y además con unos márgenes decrecientes, que en muchos casos no aseguran una rentabilidad suficiente para mantener vivas las explotaciones.

Sirva como ejemplo el esfuerzo de nuestro sistema alimentario durante los meses más duros de la pandemia, que ha constituido un éxito indiscutible. Los mercados estuvieron perfectamente abastecidos en todo momento, con productos saludables, variados y de alta calidad. No existió incremento de precios. Se aparcaron las reivindicaciones. Se aportaron de forma gratuita EPIS donde se pudo. Muchos agricultores colaboraron con sus equipos en tareas de desinfección. Todo el sector se empeñó a fondo para que no se produjera carencia alguna. Y sin embargo esta aportación de la agricultura no ha sido reconocida en absoluto. Como casi siempre sucede, los consumidores no lo han valorado, ni mucho menos agradecido.

Esta falta de consideración hacia la agricultura, por parte de la gran mayoría de la sociedad, produce uno de los mayores problemas que llevan ya mucho tiempo aquejando al sector: El envejecimiento paulatino de los agricultores profesionales. En la actualidad se producen al año alrededor de 20.000 jubilaciones, mientras que solo se incorporan, como media 8.500, jóvenes a la actividad agraria, porque esta no resulta especialmente atractiva ni prestigiosa. Más bien al contrario, incluso en los pueblos más prósperos se considera que los chavales prometedores tienen que estudiar «para irse del campo». Y si esto sucede con los titulares de explotación, mucho peor es la situación en lo que respecta a los asalariados agrarios. Hoy día, en muchas comarcas, es casi imposible encontrar españoles dispuestos a trabajar en el

medio rural, por lo que los puestos de trabajo necesarios tienen que cubrirse con personal emigrante, en su mayoría de origen iberoamericano, balcánico o magrebí.

Consecuencia de esta situación es la crisis del modelo de agricultura familiar. La ausencia de hijos dispuestos a suceder en la titularidad del patrimonio heredado está produciendo el abandono de un creciente número de explotaciones a la jubilación de los titulares. Las tierras y las instalaciones acaban siendo vendidas a inversionistas foráneos con suficiente capacidad financiera para adquirirlas. Se asiste así a un cambio de modelo con la creación de empresas agrarias en manos de sociedades mercantiles, gestionadas por personal asalariado, que muchas veces ni habita en las proximidades de las fincas, ni está vinculado con la vida y las actividades sociales de las comarcas. La consecuencia inevitable es el empobrecimiento humano y el abandono progresivo de una gran parte de nuestras zonas rurales.

El desinterés de los poderes públicos y de los agentes mediáticos en atender las demandas o escuchar las opiniones de los agricultores constituye otro agravio que no contribuye demasiado a dar esperanza a los agricultores. Ya sea en el tema del lobo, en el uso del agua o en las normas sobre empleo temporal, prevalecen siempre las posiciones de grupos de carácter urbanita fuertemente ideologizados y habitualmente incapaces de entender otras razones que las propias. Igual sucede con las limitaciones sectarias al uso de cultivos transgénicos seguros y potencialmente beneficiosos con el medio ambiente.

Otro ejemplo de menosprecio hacia nuestra agricultura lo constituye la tremenda pérdida de suelo agrario que se está produciendo como consecuencia de la implantación de gigantescas instalaciones de energía solar en muchas de nuestras mejores zonas de cultivo. La cantidad de suelo agrario del que disponemos está fijada por la naturaleza y es inelástica a la demanda. Cada Ha que se pierde se pierde para siempre. Sorprende la hipocresía ecologista, insensible hacia este fenómeno y la miopía de los políticos, obsesionados por los mitos ideológicos de moda.

Por todo ello las medidas que se adoptan suelen ir en detrimento de los campesinos en una gran mayoría de los casos. La última reforma de la Política Agraria Común de la UE es un paradigma de este fenómeno. Uno de sus pilares es la estrategia «de la granja a la mesa», adoptada como un remedio milagroso para los males del campo. Será imposible de aplicar en un país en el que las producciones más rentables se destinan en gran parte a la exportación. Y en el que la difícil estructura demográfica supone una considerable distancia entre las zonas productoras y los centros de consumo. O el énfasis de la agricultura orgánica, muy ecologista ella, pero muy difícil de implantar en las condiciones de producción de una gran parte de nuestro territorio. Sin contar, por cierto, que ya se produce, a veces secularmente, con un considerable respeto hacia el medio natural. El olivar, el viñedo, los pastizales y las dehesas constituyen claros ejemplos al respecto.

Los acuerdos y tratados de comercio internacionales constituyen otro paradigma del menosprecio con el que se trata a la agricultura autóctona. Siempre se ponen por delante los intereses de otros sectores, particularmente los de las grandes empresas industriales y tecnológicas, en detrimento de los productores

agrarios. La contrapartida al tratamiento favorable para las exportaciones industriales europeas suele ser un considerable desarme arancelario para las importaciones de alimentos procedentes de terceros países a la Unión Europea. El hundimiento actual del precio de los cítricos como consecuencia de las importaciones a precios ridículos es un caso más de esta tendencia. Las famosas naranjas españolas están desapareciendo de los mercados europeos y la ruina amenaza a muchas explotaciones citrícolas del levante español.

Existen otros muchos problemas: La reducida dimensión económica de muchas explotaciones, la insuficiencia del secano para alimentar a la cabaña ganadera, la poca fortaleza del cooperativismo agrario en comparación con el resto de Europa o la excesiva longitud de las cadenas comerciales que reducen los precios en origen, representan solo una parte de los existentes. Pero los agricultores y los ganaderos españoles han sabido, una y otra vez, imponerse sobre la adversidad y eso no tiene que cambiar en el futuro. Sobre todo si se cuenta con marcos regulatorios adecuados y la sociedad empieza a reconocer la importancia estratégica que tiene la producción de alimentos para afrontar un futuro como el que hemos descrito más arriba. Un futuro que obligará a reconocer el carácter estratégico del sistema alimentario. Y unos mercados cuya demanda expansiva ofrecerá posibilidades de negocio inauditas para los agricultores que cuenten con explotaciones eficientes. Una perspectiva, en resumen, que permite mirar con optimismo el futuro del agro español. Es un reto considerable, pero no es, ni mucho menos imposible afrontarlo con éxito.

La alternativa es preocupante: Una reducción drástica del número de agricultores y una rigidez creciente de las condiciones que se les exigen, pueden conducirnos a una reducción no deseable de los volúmenes que producimos. Si nuestra balanza comercial agraria se deteriora y pasamos a ser importadores netos de alimentos, podemos encontrarnos en una situación delicada cuando los precios internacionales se disparen como consecuencia del incremento de la demanda global. Y esto va a producirse antes del 2050. Es inevitable.